

que nos parezcan el temor y la incertidumbre en que Dios nos ha dejado sobre este punto, es una conducta llena de misericordia y de

boca y hablan de sí mismos con desprecio; pero que cuando se les dicen las mismas palabras que ellos han proferido, aún mucho menores, no pueden sufrirlas. Es porque cuando dicen mal de sí mismos, no hablan segun su conviccion y los sentimientos de su corazon, como hacia Job, sino que la humildad es solo exterior en ellos: quieren que se crea que son humildes, mas en el fondo no lo son, y solo quieren parecerlo sin serlo en la realidad.

Casiano cuenta que el Abad Serapion fué un dia visitado por un solitario, que en su trage, en su semblante y en sus discursos, hacia parecer una grande humildad y desprecio de sí mismo. No cesaba de decir que era un pecador que no merecia respirar el aire, que era indigno aún de la tierra que pisaba, y no queria sentarse mas que en el suelo, sin consentir que le lavasen los pies. El Abad Serapion hizo recaer la conversacion, despues de la comida, sobre algunas verdades concernientes á la vida espiritual, y queriendo dar á su huésped un buen consejo, le dijo con mucha dulzura y amabilidad, que supuesto que era jóven y robusto, haria mejor en vivir en su celda, trabajando

tante es aprovecharlas. Todo lo que contribuya á la satisfaccion de los demás, dice un santo hombre, producirá un buen efecto, y nada que consiga á sí mismo.

en algo como los otros solitarios, y no andar así de celda en celda. Recibió tan mal este consejo, que no pudo impedir se manifestara su turbacion en el cambio de su semblante. Entonces San Serapion, tomando la palabra, le dijo: ¡Que, hijo mio! deciais, hace poco, tanto mal de vos, tratándoos con desprecio, y ahora no podeis sufrir sin emocion é impaciencia un simple consejo que se os da con caridad y dulzura! ¡Esperábais que el mal que deciais de vos mismo, nos obligase á aplicaros esta sentencia del Sabio: *El justo es el primer acusador de sí mismo?* ¡Y no os proponiais otra cosa al despreciaros que merecer elogios?

¡Qué desgraciados somos! dice San Gregorio; la estimacion de los hombres es ordinariamente todo lo que pretendemos con nuestra hipocresía y nuestra falsedad. Lo que parece humildad en nosotros, no es muchas veces sino un grande orgullo y frecuentemente nos humillamos delante de los hombres á fin de que nos alaben y estimen.

Como el segundo grado tiene mucha estension, lo dividiremos, como hacen algunos santos, en cuatro escalones.

El primero es no buscar la gloria y la es-

que nos parezcan el temor y la incertidumbre en que Dios nos ha dejado sobre este punto, es una conducta llena de misericordia y de

timacion del mundo, sino antes bien, evitarlas con cuidado. Los libros están llenos, sobre este punto, de ejemplos que nos han dado una infinidad de santos, que en lugar de buscar esta estimacion y esta gloria, huian como de un escollo peligroso, los honores y dignidades del siglo, y todo cuanto pudiera darles reputacion entre los hombres. ¡Jesucristo no fué el primero en obrar así, cuando despues del milagro tan famoso de los cinco panes, sabiendo que el pueblo queria elevarle para hacerle rey, y no teniendo sin embargo, que temer nada, en cualquiera elevacion que estuviese, se retiró á una montaña para enseñarnos con su ejemplo á huir de los honores?

El segundo escalon, dice San Anselmo, es sufrir el desprecio con paciencia, es decir, que si os ocurre algun motivo de confusion, ó se os da alguna señal de desprecio, los recibais con paciencia, segun estas palabras del Sabio: *Recibid bien cuanto os suceda; sufrid aunque os cause pena, y al tiempo de vuestra humillacion conservad la paciencia.*

Todos los dias se presentan muchas ocasiones de practicar lo que decimos; lo impor-

tante es aprovecharlas. Todo lo que contribuya á la satisfaccion de los demás, dice un santo hombre, producirá un buen efecto, y nada que concierna á la vuestra, surtirá bien; se escuchará á los demás con admiracion, y lo que digais será considerada por nada; todo se concederá á aquellos, y á vosotros, todo se rehusará; respetarán á los otros, y no tendrán ninguna estimacion de vosotros; y les confiarán á ellos todos los negocios, considerandoos como hombres buenos para nada. Todo esto es penoso para la naturaleza, y no será poca cosa si lograis sufrirlo sin proferir una palabra.

El tercer escalon por el cual es preciso subir, es no ser conmovido por las alabanzas y la estimacion de los hombres, y este es todavía mas difícil que el precedente; porque aún cuando fuera fácil, dice San Agustin, ser indiferente á las alabanzas de que nos privan, es difícil ser insensible á las que nos dan. El que es verdaderamente humilde, dice San Gregorio, en cuanto ve que le alaban y le estimen, se recoge en sí mismo, y se llena de confusion, segun estas palabras del profeta rey: *Cuando he sido elevado, me he humillado, y he sentido turbacion.* Y no carece de

Pero que un hombre de una virtud sublime, colmado de las gracias de Dios, y verdaderamente grande delante de él y delante de los hombres, se considere como el último

motivo al turbarse, añade este Padre, pues por una sábia reflexion, se estremese y tiembla de que si las cosas de que se alaban son falsas, no sea castigado con mas severidad delante de Dios, y que si son verdaderas, pierda la recompensa que debiera esperar, y que un dia se le diga: Habeis sido colmado de bienes en vuestra vida; habeis recibido el premio de vuestras buenas obras.

Leemos de San Francisco de Borja, que nada le causaba tanta pena como ver que le honraban como un santo; y una vez que le preguntaron por qué se afligía tanto de esa estimacion que no dependia de él, respondió, que estando tan distante de lo que creian que era, temia tener que dar á Dios una cuenta mas severa.

El cuarto escalon para llegar al segundo grado de la humildad es, desear ser despreciado de los hombres y tener placer en sufrir injurias y oprobios. El que es verdaderamente humilde, dice San Bernardo, quiere pasar por despreciable y no por humilde, y se regocija cuando le desprecian. Esto es lo que hay mas sublime en el segundo grado de la humildad.

Esto es lo que nuestro divino Salvador

de vuestra humillacion conservad la paciencia.

Todos los dias se presentan muchas ocasiones de practicar lo que decimos; lo impor-

nos ha enseñado por su ejemplo. Ved con qué afecto y con qué empeño abrazó los desprecios y los oprobios por nuestro amor. No contento con abatirse hasta hacerse hombre y tomar la forma de un esclavo, él, que es el Señor del cielo y de la tierra, quiso tambien revestirse de la forma y de la apariencia de un pecador, y aparecer, como dice el Apóstol, bajo la semejanza de una carne sujeta al pecado. No tomó al pecado, porque es una cosa incompatible con la santidad de Dios, pero tomó las señales y el carácter de los pecadores, habiendo querido ser circuncidado como un pecador, bautizado con los pecadores y publicanos, como si fuese uno de ellos, ser comparado con Barrabás, y juzgado por mas perverso que él y mas indigno de vivir. El ardor que tenia de sufrir toda clase de afrentas y de oprobios por nuestro amor, era tan grande, que parecia ansiar la hora en que seria espuesto á la irrision y á las insolencias de los hombres: *Tengo que ser bautizado con un bautismo de sangre*, decia él, y *¿en qué angustia estoy hasta que esto se cumpla!*

Que, si por nuestro amor, el Hijo de Dios ha deseado con tanto ahinco, y recibido con

Pero que un hombre de una virtud sublime, colmado de las gracias de Dios, y verdaderamente grande delante de él y delante de los hombres, se considere como el último

tanto placer los desprecios y afrentas, él, que merecia toda clase de veneracion y de homenajes, ¿haremos mucho, nosotros que somos dignos de toda especie de desprecios, cuando deseamos por su amor, pasar, al menos, por lo que somos, y sufrimos con placer los oprobios y afrentas que merecemos? Esto es lo que practicaba San Pablo cuando decia: *Me complazco en mi debilidad, en las afrentas, en la pobreza, en las persecuciones y en las aflicciones terribles que sufro por Jesucristo.* Con esta leche habia alimentado el Salvador á sus apóstoles, y por esta razon habiendo sido azotados y apaleados de orden de la sinagoga, *salieron del consejo llenos de gozo, porque habian sido juzgados dignos de sufrir oprobios por el nombre de Jesucristo.* Esto han imitado una multitud de mártires y otros santos.

SECCION IV.

Tercer grado de humildad.

Hé aquí, dice Rodriguez, el tercer grado de humildad: cuando un hombre que ha recibido grandes dones de Dios, y se ve honrado y estimado, no se enorgullece de nada, y nada

de vuestra humillacion conservad la paciencia.

Todos los dias se presentan muchas ocasiones de practicar lo que decimos; lo impor-

y de los aplausos sin conmoverse en lo mas mínimo, es como estar entre personas de diferente seso, adornados con todos los dones de la naturaleza. *v. mirarlas siempre con*

EN LA VIDA RELIGIOSA. 39

se atribuye á sí mismo, sino que todo lo refiere á la fuente de todo bien, que es Dios. Este tercer grado, dice San Buenaventura, es solo para aquellos que estando ya consumados en la virtud, se humillan tanto mas en todas las cosas, cuanto mas elevados están en la perfeccion.

Que un hombre lleno de defectos é imperfecciones se reconozca por tal, esta disposicion es digna de alabanza; mas nada hay maravilloso en que el hijo de un aldeano no diga que es hijo de un rey, que un pobre crea que es pobre, que un enfermo crea que está enfermo, y que todos quieran bien pasar por lo que son. Pero lo que sí es pasmoso, es, que el rico se ponga en el rango de los pobres, y el que está elevado sobre los demás, se humille hasta ellos. No hay que admirarse, pues, añade el mismo santo, de que un hombre malo se crea malo; lo extraño seria que, al contrario, se creyese justo y perfecto, así como de un hombre todo cubierto de lepra que se creyese lleno de salud.

Pero que un hombre de una virtud sublime, colmado de las gracias de Dios, y verdaderamente grande delante de él y delante de los hombres, se considere como el último

tanto placer los desprecios y afrentas, él, que merecía toda clase de veneracion y de homenajes, ¿haremos mucho, nosotros que somos dignos de toda especie de desprecios,

de todos sus hermanos, este sí, es un motivo justo de admiracion y un efecto extraordinario de humildad.

Es una virtud rara é insigne, dice San Bernardo, ser grande y no saber que es uno grande, ser santo en la opinion de todo el mundo, y un objeto de desprecio para sí mismo; y esto, prosigue él, me parece mas admirable que todos las demás virtudes.

La Santísima Virgen pasó de esta humildad al grado supremo de perfeccion; porque sabiendo que ha sido escogida para ser madre de Dios, se reconoce y se llama la sierva del Señor; y cuando Santa Isabel la llama bienaventurada entre todas las mugeres, ella no se atribuye á sí misma la gloria de las ventajas que posee, sino que la refiere toda á Dios; y encerrándose en los sentimientos de una humildad profunda, le da gracias de los favores con que la ha colmado. *Alma mia*, dice ella, *glorifica al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador, porque miró la humildad de su esclava.*

Esta clase de humildad se practica aun en el cielo, dice San Gregorio, como parece enseñarlo la vision de San Juan cuando per-

y de los aplausos sin conmoverse en lo mas mínimo, es como estar entre personas de diferente seso, adornados con todos los dones de la naturaleza. *v miradas siempre*

cibió á los veinticuatro ancianos que prosternándose delante del que estaba sentado sobre el trono, ponian las coronas á sus piés y le adoraban: pues poner nuestra corona al pié del trono de Dios, es no atribuir las victorias á nosotros mismos, sino reconocer que vienen enteramente de Dios, refiriendo á él toda la gloria, como ellos lo hacian diciendo: *Señor, vos sois digno de recibir toda gloria, todo honor y todo poder, porque habeis creado todas las cosas, y por vuestra voluntad ha sido todo hecho;* es justo que pongamos nuestras coronas á vuestros piés, supuesto que cuanto poseemos viene de vos, y todo lo que hay bueno en nosotros es obra de vuestra voluntad y de vuestra gracia.

El tercer grado de humildad consiste en no gloriarse de los dones que se han recibido de Dios; y en no atribuirse el mérito á uno mismo, sino referirlo todo á él, como autor y dispensador de toda clase de bienes; en considerar sus dones, como talentos que nos ha confiado para hacerlos fructificar, y por cuya causa debemos estar siempre en una santa desconfianza y temor de no hacerlos valer de una manera conveniente, y aun abusar de ellos; considerándolos como un es-

tanto placer los desprecios y afrentas, él, que merecia toda clase de veneracion y de homenages, ¿haremos mucho, nosotros que somos dignos de toda especie de desprecios,

42 EL CAMINO DE LA PERFECCION

collo contra el cual estamos en un peligro continuo de estrellarnos.

Es verdad que esta es una disposicion que parece fácil á primera vista y considerándola superficialmente; mas en el fondo, es muy difícil. Parece fácil á los que comienzan, dice Casiano, no atribuirse nada á sí mismos, no fiarse de ningun modo á sus fuerzas, referir á Dios todas las cosas y esperarlas de él; pero se encuentran, en efecto, mas dificultades de las que se creen: porque como algun papel representamos en las buenas acciones que hacemos, sin ser mas que *los cooperadores de Dios*, sucede que, sin sentirlo, acabamos por apoyarnos demasiado en nosotros mismos; la presunsion y el orgullo se deslizan despues secretamente en nuestra corazon, y haciéndonos mirar nuestras buenas acciones como obra nuestra, llegamos á elevarnos atribuyéndonos toda la gloria.

En fin, no es tan fácil poner freno á nuestro amor propio; para convencernos de esto, baste saber que los santos han establecido en este punto el supremo grado de humildad, y dicen ellos que solo los perfectos pueden llegar á él. San Crisóstomo dice, que encontrarse en medio de la fortuna, de los honores,

y de los aplausos sin conmoverse en lo mas mínimo, es como estar entre personas de diferente sesso, adornados con todos los dones de la naturaleza, y mirarlas siempre con indiferencia. Esto es una cosa muy difícil, y ecsige una virtud á toda prueba; se necesita tener muy buena cabeza para subir tan alto sin desvanecerse; no todos son capaces de hacerlo. Lucifer con otros muchos ángeles, se desvaneci6 cuando se vió tan alto, y cay6 con ellos en el abismo: lo que les perdi6 fué que habiendo sido creados tan perfectos, *no permanecieron en la verdad*, dice la Escritura; es decir, no permanecieron en la consideracion y el reconocimiento de todo lo que debian á Dios, deteniéndose en la contemplacion de sus propias perfecciones; no porque Lucifer creyese que estas perfecciones las tenia por sí mismo, pues bien sabia que venian y dependian todas de Dios, que le habia creado; *pero la consideracion de su propia belleza le llen6 de orgullo el corazon*, dice Ezequiel, *y la vista de su hermosura le hizo perder su sabiduria*. De los dones de Dios, hizo un motivo de orgullo, como si no los hubiese recibido; y lejos de atribuirle á él todo el honor y gloria, se glorific6 á sí mis-

no encontro una cosa mas grande que á nosotros.

Además, nos ha comunicado las grandes y preciosas gracias contenidas en sus pro-

mo, como si los hubiera recibido de sí; de manera que aunque estaba convencido de que la gloria pertenecía á Dios, no dejaba sin embargo, de robársela y atribuirla á sí mismo por la voluntad. Y si los ángeles no pudieron mirarse tan altos sin caer al momento, ¿cuánto mas deberemos temer nosotros que no somos sino hombres miserables! Este grado de humildad no es, pues, tan fácil de practicar.

ARTICULO CUARTO.

Tercer medio para llegar á la vida interior, el amor de Dios.

La vida interior consiste en una union íntima entre Dios y el alma: no hay medio mas seguro para llegar á esta vida sublime, que el que necesariamente hace inclinar á Dios hácia el alma, y al mismo tiempo eleva esta hácia Dios y la tiene unida á él; el amor es el que produce este doble efecto.

1.º Hace inclinar á Dios hácia el alma. *El que me ama, dice Jesucristo, guarda mis mandamientos, y será amado de mi Padre, y nosotros vendremos á él, y fijaremos en él nuestra morada.*

Este punto es el supremo grado de humildad, y dicen ellos que solo los perfectos pueden llegar á él. San Crisóstomo dice, que encontrarse en medio de la fortuna, de los honores,

2.º El amor eleva el alma hácia Dios y la tiene unida á él: en efecto, el corazon dirige, arrastra con fuerza los pensamientos del alma, hácia el objeto que ama, y los tiene fijos y en algun modo, encadenados; se piensa como por necesidad en el objeto que se ama; la esperiencia lo ha enseñado frecuentemente á las que queriendo entregarse á Dios enteramente en la soledad, emprendieron desterrar de su espíritu el pensamiento de los objetos á que habian dedicado su corazon en el siglo. Que digan si alguna vez pudieron dominar sus pensamientos sin haber triunfado de sus afectos. La que aspire, pues, á la vida anterior, no puede conseguirla de una manera mas cierta, que encendiendo en su corazon el fuego sagrado del amor divino. ¿Pero cómo lo conseguirá? Considerando, dice Bellecio, cuánto Dios merece ser amado; y merece serlo:

1.º A causa del amor que nos ha tenido y nos tiene. Su caridad por nosotros, encierra en un grado eminente las tres cualidades que, segun el testimonio de los maestros de la vida espiritual, distinguen el amor verdadero del falso; porque el verdadero, obra grandes cosas; comunica con liberalidad to-

no encuentra una cosa mas grande que nosotros.

Además, nos ha comunicado las grandes y preciosas gracias contenidas en sus pro-